

UNA HORA CON RAFAEL ALTAMIRA

Candidato al Premio Nobel de la Paz

P O R I S O B R A N T E S C H W E I D E

Altamira ha dado a su labor, y sin quererlo quizás, y más bien obligado por la acogida de los públicos hispanoamericanos, las proporciones de una misión apostólica. Los primeros monjes misioneros españoles nos enseñaron en el siglo XVI cómo se funda una cultura. Altamira pretende enseñarnos ya, creo que con un suceso que supera a nuestras esperanzas, cómo se remata y corona.

JUSTO SIERRA

No es talento lo que falta en estos instantes. El talento rebosa por todos lados. Falta carácter, que es la sal del hombre...

RAFAEL ALTAMIRA

EN EL HOGAR

Para llegar a la morada del sabio español, la misma que ocupa desde que llegó a México por invitación de la UNAM y de la Secretaría de Educación Pública, pese al precepto educativo de no entrar en casa ajena antes de llamar a la puerta, entramos, como siempre, sin preaviso alguno. Porque la puerta que da al departamento de los Altamira es, como las puertas de un templo sagrado en horas de culto divino; porque llamar a la puerta es obligar al maestro para que él mismo nos la abra, tanto más que la casa no nos es ajena, y su gran habitante de barbas luengas nos pertenece un poco a todos los que hablamos la lengua de Cervantes. Altamira no tiene criados. El y su congenial compañera de la vida de hace más de medio siglo, doña Pilar, se sirven mutuamente uno a otro, aunque no es poco lo que sus hijas ejemplares (el hijo está en Madrid), las señoras Nella y Pilarina, hacen por sus padres.

Pasamos el umbral de la puerta para entrar en un ambiente hogareño de serena y dulce armonía familiar. En un cuarto rodeado de libros, papeles, cuadros y diplomas, con la ventana orientada hacia el monumento a Jorge Washington, es donde el maestro sigue forjando su mundo, suyo y nuestro. Es su casa de devoción, suya y nuestra. En la salita contigua—casa de conversación—reina soberana doña Pilar con sus hijas, sus nietos y sus amistades. Así todas las tardes. Alrededor de las ocho de la noche, cuando llegan los yernos—el laringólogo don Victoriano Acosta, ventajosamente conoci-

do entre sus colegas mexicanos, y el ilustre don Justo Somonte, padre de la ya señora Jesusa, la celebrada reina de belleza de la Facultad de Filosofía y Letras—, los abuelos toman asiento en la mesa, y el nido multifamiliar se desbanda... “Cada uno en su casa, y Dios en la de todos.”

SU SEMEJANZA CON

G. B. SHAW

Entramos, pues, como véis, por la puerta ancha y tan abierta como la mirada solar del maestro que derrama bondad y sabiduría; como su mente lúcida y su corazón vibrante, que se entregan a toda causa justa con la nobleza natural de su expresión fisionómica, tan confundible con el Moisés de Miguel Ángel, con Darwin, Shaw y León Tolstoy. En sus rasgos caracterológicos hay algo de cada uno de ellos. Por las calles de Londres le seguían colas de curiosos en demanda de autógrafos.

—Perdonen ustedes, decía paternalmente a sus perseguidores, no soy George Bernard Shaw.

—A nosotros no nos va a engañar, contestaban en coro, lo conocemos de sobra.

Y luego comentaban entre sí: “El sadismo de Bernard Shaw llega al punto de burlarse de sus propios admiradores.”

En Alicante, un sacerdote irlandés se acercó al sabio español para asegurarle que se sentía feliz de encontrarse en suelo extranjero con su famoso compatriota. Y no hubo manera de disuadirlo de la equivocación. “Sí, lo comprendo, lo comprendo muy bien, comentó el clérigo desairado, que usted debe conservar su incógnito.” Y se alejó, pidiendo excusas por la molestia.

En Berlín, un semanario ilustrado publicó en 1930 las fotos del dramaturgo inglés y del sabio español, bajo el título de *¿Quién es quién?*, omitiendo los nombres e invitando a sus lectores interesados en ganarse un premio, para que acertaran la identidad de ambos barbudos y casi

todos contestaron que eran dos fotografías de Bernard Shaw de épocas y actitudes distintas, sin darse cuenta que se trataba de dos caracteres completamente antagónicos.

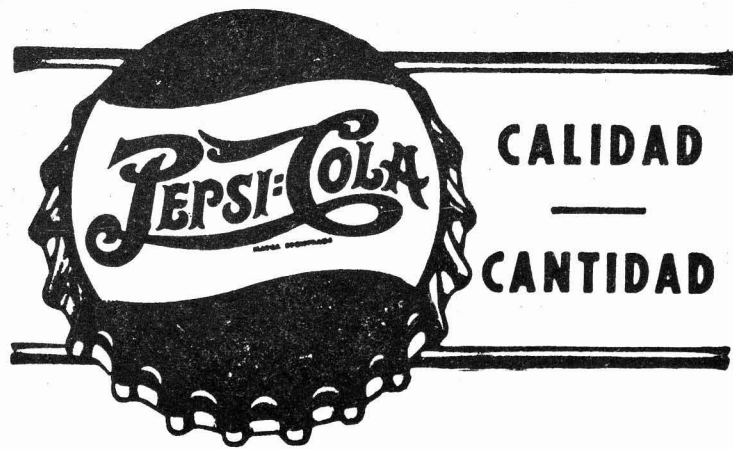
Frente al gran demoledor de valores, el maestro hispano de socrática visión pugna, desde hace sesenta años, por la constante elevación de la sociedad humana, por los principios inmutables de una justicia internacional, por una paz creadora y libre de toda presión exterior, por una comunidad espiritual hispanoamericana sin reservas ni declamaciones retóricas.

EL MAESTRO

—Don Rafael, le presento a un joven tocayo suyo, tocayo y amigo, el joven director de UNIVERSIDAD DE MÉXICO, que viene a saludarlo y a conversar con usted como se conversaba en el país de los sabios, libre de todo negocio utilitario, en los jardines consagrados a la memoria del héroe ateniense.

El maestro, feliz en recibir mensajes y mensajeros de la juventud mexicana, abre las fuentes de su inspiración y habla con acento de añeja amistad, como si conociera al novel visitante desde tiempos inmemoriales. Ese flúido comunicativo entre maestro y discípulo adquiere proporciones de *symposium*, va creciendo de intensidad emocional.

En el afán de ser útil al prójimo, el maestro supera a Guy de Maupassant, el que en la novela *Fort comme la mort* experimenta el placer del que regala y misma a la persona que quiere. Por encima del concepto limitado del gran novelista francés, Altamira brinda a cada persona que trata el placer de un obsequio. En uno de sus libros de perenne saber el maestro sostiene, cristianamente, que debemos hacer algo grato a cada persona que tratamos, obsequiándola un libro, un grabado, unas flores, una audición de música o una conversación bien entonada. Siempre está atento al “cuerpo espiritual”, definido por San Pablo como el alma que anima nuestra vida. Altamira es un maestro por antonomasia, por vocación, por aquella *suprema lex* que manda dentro y fuera de nosotros. Cuando su padre quiso que estudiara música, el mozalbete Rafaelillo, heredero ancestral de un entusiasmo inconfundible por las notas musicales, entretejidas, más tarde, con su gaya ciencia, contestó con firmeza: “No, padre, yo quiero ser profesor y nada más que profesor.” Y desde entonces nunca llegó a saber lo que es “matar al tiempo”, porque supo cómo emplearlo, supo y sabe a pesar de sus ochenta y cinco años bien cumplidos, porque la riqueza que fluye de su interior nunca se agota.



EL MAESTRO Y EL DISCIPULO

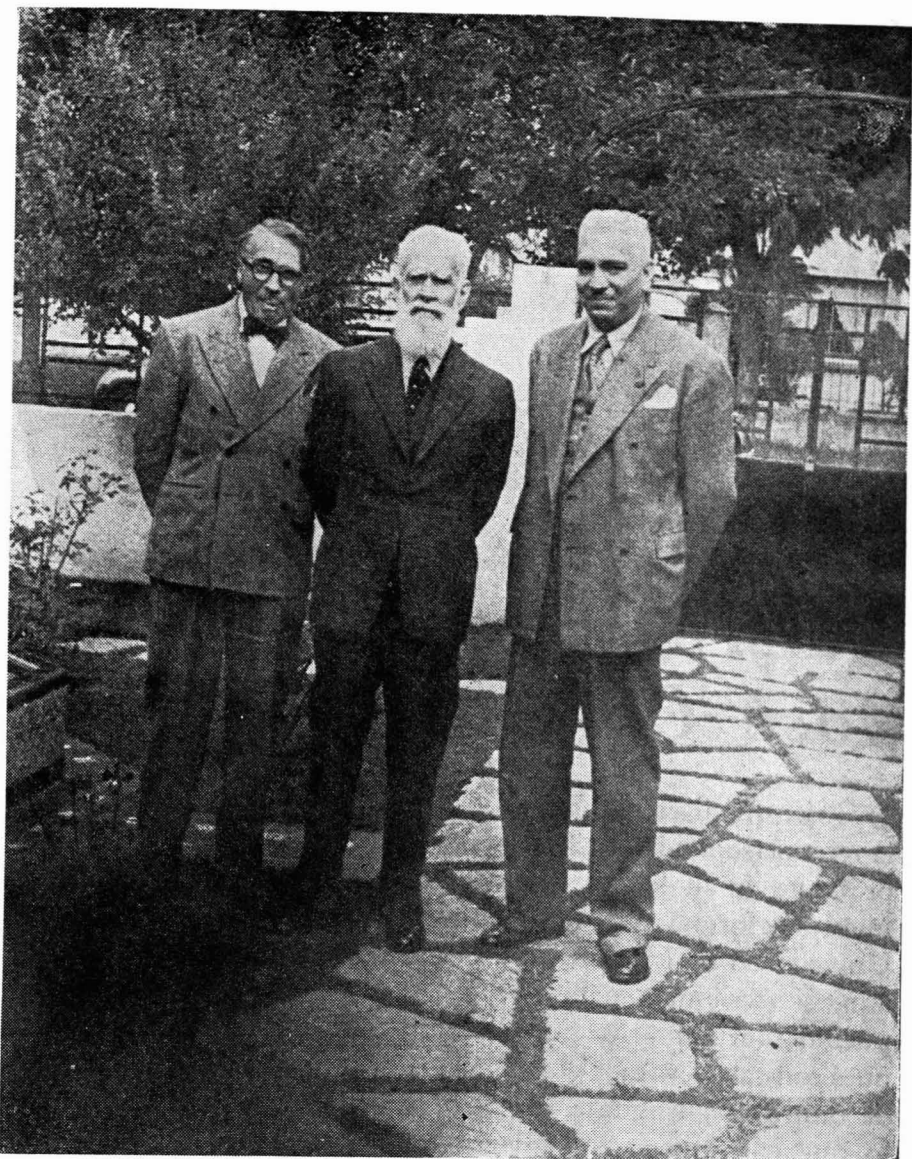
El maestro Altamira y el joven director Corrales Ayala se han hecho amigos, después de breve coloquio. Se entretienen sobre argumentos psicológicos de la Revolución mexicana. Pasan al campo de la historia y se extienden, retrospectivamente, hacia los albores de la civilización española. El diálogo, vivo y ameno, va desarrollándose animadamente. Altamira sabe encender la llama de la discusión fecunda, sabe despertar interés por la búsqueda de la verdad científica. Ambos Rafael, bien provistos de facultades expresivas, parecen haberse enfrascado en uno de los diálogos socráticos, descritos por Jenofonte. El joven se siente atraído por la fuerza de convicción que mana del maestro y que trasciende en el ánimo de los que gozamos el privilegio de ser sus amigos. Altamira habla de México y siempre vuelve a tocar los problemas de México, porque a través de México siente y vive a toda Hispanoamérica. Porque en México —Nueva España— brotaron gérmenes renovadores de su patria de origen, patria nodriza de nuestra cultura; porque México es lo más hispano y lo más genuinamente indio del Hemisferio Occidental. Por eso nutre un amor hondo y sincero por el México de Justo Sierra, por aquel hombre admirable que lo cautivó desde el momento en que se conocieron. El encuentro providencial entre esos maestros auténticos, uno de América y otro de España, está ligado para siempre con el destino universitario mexicano.

ALTAMIRA Y JUSTO SIERRA

Don Justo reconoció ampliamente la personalidad de don Rafael. En una misiva dirigida a don Segismundo Moret, dándole razón de las actividades docentes del maestro ibero, escribe en 1910: "El profesor Altamira (¡qué nombre tan bien llevado!) ha tratado temas jurídicos e históricos. El historiador y el sabio se han revelado potentemente. Otros Altamiras españoles son los que necesitamos aquí." ¿Pero existen otros?...

Precedido de larga y prodigiosa fama en su tierra natal, la recia personalidad de Justo Sierra —que Agustín Yáñez supo revivir con el arte de biógrafo y la ciencia del investigador que bucea en la vida grandiosa del que pasa a la inmortalidad— comenzó a trascender poderosamente a todo el mundo hispánico desde que participó ac-

tivamente, 1900, en el Congreso Hispano-Americano de Madrid. De ahí cundió su nombre como orador de magnas dimensiones, como hombre de enciclopédico saber, Don Justo reveló dotes no comunes de estadista que sabe elevarse por encima de las estrecheces partidarias y fijar la mirada en el vasto horizonte del mundo hispano de uno y otro extremo del Océano. Eso lo sabía Altamira cuando aceptó del maestro mexicano la invitación de ir a México, en donde don Justo lo recibió como se recibe a un compatriota, dándole la sensación de que en México no era extranjero. Las conferencias que desarrolló a fines de 1909 y principios de 1910, dentro y fuera de las aulas universitarias, dentro y fuera de la capital mexicana, tuvieron resonancia continental. En dos ocasiones se presentó el entonces Presidente de la República, don Porfirio Díaz, acompañado de miembros de su gabinete, para oír la palabra cálida y convincente del conferenciante español. Por iniciativa de don Justo le fué entregado en solemne sesión, a don Rafael, el diploma de *doctor honoris causa*, extendiéndole, además, el nombramiento de profesor titular de la cátedra de Historia del Derecho, que a la sazón no existía. Justo Sierra quiso que Altamira viniese todos los años para enseñar la materia durante un curso trimestral. Meses después, el 6 de julio de 1910, le escribía don Justo: "El paso de usted por estos lugares dejará un recuerdo muy hondo, por las corrientes de simpatía que ha sabido despertar su palabra hacia nuestra madre latina y por los nobles ideales que sostiene con tanta competencia como entusiasmo. Que pronto lo volvamos a ver entre nosotros; mientras tanto reciba de Ezequiel, de Telésforo García y demás amigos un cariñoso saludo y el gran afecto que le profesa su adicto y devoto amigo J. Sierra." Cuatro meses más tarde, don Justo volvió a insistir: "Hemos sentido mucho, en verdad, no tenerlo ya entre nosotros y esperamos que cuanto antes cumpla su promesa." Pero la Revolución precursora de todas las revoluciones de nuestro siglo anuló los nobles propósitos proyectados por ambos maestros. El nombre de Altamira está unido, por lo visto, al nacimiento de la nueva Universidad Nacional. La fe en las aptitudes del maestro español fué tan grande para don Justo, que, antes de dar un orden jurídico a la nueva Univer-



El autor del presente artículo, Doctor Iso Brante Schweide, el Maestro don Rafael Altamira y el Doctor Luis Garrido, Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México

sidad, quiso conocer la opinión de don Rafael acerca del Proyecto de la Ley constitutiva de la Universidad Nacional. Y el universitario hispano presentó su dictamen.

EL CANDIDATO AL PREMIO NOBEL DE LA PAZ

Ahora, cuarenta años después, don Isidro Fabela, maestro insigne, juez ejemplar, y estadista de gran envergadura, se dirige al Comité Nobel de Oslo para proponer la candidatura de Rafael Altamira a la próxima distribución del Premio Nobel de la Paz, premio que el mismo don Isidro merecería, por su labor pacificadora desenvuelta en el continente americano, en la Sociedad de las Naciones y en sus escritos tendientes al mantenimiento de la paz entre todos los pueblos de la tierra, sin distinción alguna.

La candidatura propuesta ha sido ya solemnemente proclamada por el Comité noruego y públicamente dado a conocer al mundo entero. De esta manera fué reconocido como candidato viable al Premio de la Paz el maestro Altamira, "por su difusión universalista de ideas nobles y elevadas en pro de la Hu-

manidad, por el alto prestigio que goza dentro y fuera del mundo hispánico, por su rectitud de carácter y su fe en el porvenir de un mundo sin guerra".

MURRAY BUTLER Y RAFAEL ALTAMIRA

Conceptos análogos oí pronunciar, por vez primera, en el Reichstag de Berlín, en donde fué presentado al magnífico Rector de la Columbia University de Nueva York, Murray Butler. Entonces pasé una temporada en Alemania en mi calidad de Comisionado del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires, y enseñaba yo en la Universidad de Berlín, en tres cursos distintos, historia política, literaria y económica de América Latina. Butler, precursor de la política de buena vecindad y de las relaciones culturales de su país con el resto de América, después de quejarse conmigo de algunos conceptos vertidos por Alfredo L. Palacios acerca de la enseñanza universitaria en los Estados Unidos de América, me habló de don Rafael como de un hombre extraordinario. Butler

(Pasa a la página 22)

momento el sonido calculado de acuerdo con la longitud y diámetro del tubo, volverá a producirse.

Este fenómeno confirma la tesis de que *el sonido no se produce en los instrumentos*, supuesto que la altura del sonido que se aumenta está en razón directa con la agitación del aire ambiente sin cambiar ni la longitud ni el diámetro del claxon.

Este fenómeno es semejante al que se observa en las aguas del mar o de un río con los barcos.

Al caminar un barco, agita las aguas en proporción con su tonelaje; y si se aproxima otro barco, especialmente en sentido contrario, entonces al cruzarse los dos se sumarán sus tonelajes y las aguas se agitarán con fuerza mucho mayor que cuando era un solo barco; y cuando empiecen a alejarse, entonces las aguas empezarán a recobrar su movimiento ordinario hasta quedar enteramente quietas cuando los barcos no las agitan.

Tal es mi tesis en este problema desconcertante: *que el sonido no se produce en los instrumentos sino en el aire ambiente.*

Ley de relatividad de consonancias y disonancias

Otro de los grandes problemas de física musical es el que se refiere a la ley de *relatividad de consonancias y disonancias*, y que se basa en el fenómeno físico de los nodos; la consonancia o disonancia de un intervalo está en razón directa con el número de nodos que intervienen en la producción de él, de tal modo que el intervalo que resulta con un solo nodo —la octava— es más consonante que el que resulta de dos nodos —la quinta— y ésta, a su vez, es más consonante que el que resulta de tres nodos —la cuarta—, etc.

Basándose en ese fenómeno he formulado una serie de escalas físicamente puras y que son tanto más consonantes cuanto más cerca están de la base productora de los armónicos. Por ejemplo: la escala de armónicos 3, 4, 5, 6, es más consonante que la que resulta de los armónicos 4, 5, 6, 7, 8; y ésta, a su vez, es más consonante que la de 5, 6, 7, 8, 9, 10; y así siguen disminuyendo las consonancias a medida que se alejan de la base productora de los nodos, pues menos consonantes que las escalas marcadas antes, serán las formadas por los armónicos 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12 o bien por 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14.

Estos sonidos empleados en forma melódica, es decir, en sonidos sucesivos, o en forma armónica, sonidos simultáneos, podrán oírse ya muy pronto, pues estoy terminando experimentos acerca de la destemperación de la música, problema que se sabe que se está estudiando en Rusia desde hace sesenta años sin que se haya anunciado que el problema haya sido resuelto.

Hace años que el compositor francés Darius Milhaud hizo una visita a los laboratorios de Abramhoff en Rusia, y se asombró al oír cuatro pianos —los cuatro de semitonos, pero afinados a distancia de $1/8$ de tono entre cada uno de ellos—; el referido compositor quedó tan maravillado de aquel experimento, que dijo en *Le Ménestrel* de la ciudad de París que reclamaba para él, el honor de haber tenido el privilegio de dar semejante noticia a la Europa central; y ¡cosa curiosa! cuando Milhaud se consideraba tan honrado por el simple hecho de comunicar aquella noticia, antes de ello tenía yo no sólo los octavos de tono, sino los dieciseisavos, y no en un laboratorio, sino en instrumentos musicales; y aún había dado ya conciertos con composiciones mías y de mis discípulos, en las cuales se habían empleado cuartos, octavos y dieciseisavos de tono.

Sonidos musicales producidos por el corazón humano

Ignoro si algún físico o músico ha hablado alguna vez del fenómeno maravilloso de los sonidos musicales producidos por el corazón humano.

Cuando supe que el corazón producía vibraciones a razón de cuatro por centésimo de segundo, deduje en el acto que ese número de 400 vibraciones en un segundo quedaba incluido en el ciclo de los sonidos musicales. Asistí a un hospital para ver las demostraciones y pude ver gráficamente los lineamientos de las vibraciones producidas por el corazón humano. Cuatrocientas vibraciones por segundo equivalen exactamente al SOL sostenido de la escala de los físicos sobre la nota DO de 256 vibraciones por segundo. ¿Será sólo el corazón humano el que produzca sonidos musicales o bien serán todos los seres de la creación afectados por el mismo fenómeno? Esto abre un campo maravilloso para futuras investigaciones de física y de fisiología y aun parece posible formar una escala musical a base biológica. Una base para la explicación física de un fenómeno psicológico absolutamente desconocido: la simpatía o la antipatía entre dos seres de igual o diferente sexo y que pueden llegar hasta el amor o el odio, es el instrumento musical conocido con el nombre de viola de amor, el cual tiene catorce cuerdas: siete superiores y siete inferiores, afinadas tanto unas como otras con las notas RE, FA, LA, RE, FA, LA, RE.

En ese instrumento se tocan únicamente siete cuerdas —las superiores— y las inferiores vibran al unísono por simpatía; y creo que cuando los corazones de dos personas de igual o diferente sexo laten exactamente con el mismo número de vibraciones por segundo se produce entre ellas, por un fenómeno de física, la simpatía y aún el amor, si la concordancia es absoluta; e inversamente, si la concordancia discrepa, entonces se produce el fenómeno de los batimientos tan conocidos en física, y que posiblemente ocasionen el odio y la antipatía.

Una hora con...

(Viene de la página 17)

estaba ya casi ciego. Era, no recuerdo bien, si en 1928 o 1929. En la recepción dada en su honor, me dijo que Altamira no concebía la paz sin dignidad, sin libertad amplia y fecunda. Llamó mi atención sobre *La guerra actual*, libro publicado por el maestro español en 1915. En este libro Altamira señala los gérmenes bélicos de la especie humana, e indica el camino hacia la paz futura. Es un libro digno de meditación. Ahí están dibujados los lineamientos de una fisonomía pacífica del mundo político. “No discutamos —dice el autor— hasta dónde puede —o podrá en lo futuro— el pacifismo contrarrestar los sentimientos humanos que arrastran a la violencia, y si son éstos o no irreductibles en nuestra psicología. Pero séanos permitida una observación: ¿en qué se funda el *hacer* de los hombres, su conducta, sino en una opinión y en una educación? Y lo que los hombres han hecho hasta hoy de cierto modo ¿no podrán cambiarlo los hombres mismos, puesto que ellos son quienes forman su educación y sus opiniones?”

LA SILUETA MORAL DE ALTAMIRA

Cuando ya estábamos en la calle, Rafael Corrales Ayala comentaba la impresión que le había dejado el maestro, respetado en todo el mundo científico, maestro de veras, y al que, a su regreso del primer viaje de América, los hermanos Alvarez Quintero han glorificado en estos términos:

“Altamira dejó indeleble huella de su saber y de su pensar, pero juntamente dejó también imperecedero recuerdo de su caballerosidad, de su hidalguía, de su nobleza, cualidades del hom-

bre, en cierto modo independientes de la ciencia del sabio o de la gracia del artista.

“Y esas cualidades, esa dignidad exquisita, ese hondo sentido moral en que se cimenta toda la obra de Altamira, esa superioridad espiritual, lo acompañan siempre como hálito exhalado de su persona y de su verbo, dondequiera que va, dondequiera que actúa: en la cátedra, en las conferencias, en los tratados de Derecho y de Pedagogía, en los estudios literarios o históricos; en los viajes, en los libros de toda índole, en las conversaciones elevadas o familiares.

“Hemos dicho en alguna parte que Altamira lleva consigo la simpatía de la luz, que a la vez ilumina y conforta. De ahí que se le siga con devoción creciente y con cariño. Porque es cierto que cuando leemos u oímos algo que penetre en nuestro espíritu y en nuestro corazón como un regalo o como una caricia entrañable de un pensador o de un sociólogo o de un poeta, saboreamos con deleite inefable lo que dice y cómo lo dice. La experiencia nos ha enseñado ya que las buenas ideas se desvirtúan o las desacreditan en más de un caso las malas personas. En cambio, los hombres que sobre ser cultos y sabios son buenos, las purifican y las encienden, prestándoles una mayor y más viva eficacia. Un malvado que entone un himno vibrante a la libertad, le hace más daño que cien reaccionarios que la condenen de buena fe. Un hipócrita que rece y se dé golpes de pecho en el templo, y luego en la calle comercie con su propio Dios, es mucho más recusable que un blasfemo exaltado. Altamira piensa bien, siente bien, y lo expresa bien. Por eso se le puede abrazar sin turbaciones ni dudas de la conciencia. ¡Es un hombre! . . .”



SON UNIVERSITARIOS MEXICANOS

LOS TECNICOS DE LOS

Laboratorios “MYN”, S. A.